

J. RIVAS GROOT

1068

LA NATURALEZA

CONSTELACIONES

*Al Sr. D. Francisco
y Cal*

*~~~~~~ Su entrega
muy sincera
q. b. s.*

BOGOTA

IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS

1895



LA NATURALEZA

(A MI PADRE)

LA NATURALEZA

¡ Hijo, escúcha mi canto ! Yo soy la Madre Tierra,
Yo soy la eterna pródiga de vidas y de amores;
Mi túnica en sus pliegues con majestad encierra
La noche con sus astros, la aurora con sus flores.

Yo soy la Madre Tierra. En mí palpita el germen
De seres que aun aguardan los siglos del futuro.
Yo soy la Madre Tierra. En mi regazo duermen
Los seres ya perdidos en el pasado oscuro.

Yo vierto inagotable del ánfora de vida
El río de la savia que corre á borbotones;
Y de mis flancos surge la selva estremecida,
Que eleva al firmamento sus amplios nabellones

Por mí de jugo llenos los tallos se levantan,
Caliéntanse los nidos, se juntan las corolas;
Y en las sagradas nupcias mi epitalamio cantan
El himno de los cielos y el coro de las olas.

En mis altares nunca se extingue el sacro fuego:
Tras el invierno brota más vívido el retoño;
Las flores luégo llegan, y el sol candente, y luégo
Henchidas se almibaran las uvas del otoño.

A cuantos vida otorgo les brindo en mi palacio
Digna morada: al tigre las selvas tropicales,
Al ciervo negros bosques, al águila el espacio,
Y á los dorados peces, cavernas de corales.

Y tú,—Hombre pensativo que con tu ciencia oscura
Quieres sondar las leyes ocultas en mi arcano,—
Tú, entre los seres todos, fuiste la criatura
A quien mejores dádivas brindó mi larga mano.

La Primavera tiende bajo tus pies su alfombra
En las musgosas grutas y los floridos prados;
Y en el ardiente estío convídote á la sombra
De higueras soñolientas y densos emparrados.

Los lirios se deshojan por adornar tu senda;
A tu coyunda, mansos dobléganse los brutos;
Por ti la mies ondula, y por rendir su ofrenda,
Los árboles se doblan al peso de sus frutos.

Hijo, mi Flora es tuya: mis manos cariñosas
Tejen para tus sienas sarmientos otoñales;
En el mullido tálamo circúndote de rosas,
Y en el sepulcro helado te cubro de inmortales.

¿Oyes mi voz? Tus cantos ó tu furor remeda,
Y forman eco á tu alma, serena ó agitada,
Con mecedores tumbos el viento en la arboleda.

El viento en las ondas del mar borrascado

Si ãmas, en columpio de sueños yo te arrullo
Con las campestres notas de mi laúd sonoro;
Y al roce de mis alas dan plácido murmullo
Las olas plateadas y los trigales de oño.

Cuando la noche vierte la soporosa urna
De las serenas sombras sobre el callado mundo,
Presento á tu mirada la calma taciturna,
Sus astros, su misterio, su cóncavo profundo.

Y luégo ante tus ojos, mudando las escenas,
Apunta el alba alegre que el horizonte dora,
Y como el oleaje que cubre las arenas,
Sumerge los luceros en su esplendor la aurora...

Mas ¡ay! ingrato y loco, me dejas, hijo mío,
Y por el mundo corres tras míseras quimeras,
Y delirante tiendes los brazos al vacío,
Y pueblas los espacios de voces lastimeras.

¿ Qué pides á los astros en súplicas ignotas ?
¿ Al Hombre de la tierra, qué le hablarán mis cielos ?
Y luégo desfalleces; y las entrañas rotas,
Regresas á mis brazos buscando mis consuelos.

Entonces, abrigando tu frente helada y mística,
Te brindo muelle lecho para tu cuerpo herido,
La paz de lo inmutable tras la febril angustia,
Y en mi regazo eterno los sueños del olvido.

EL HOMBRE

¡ Oh gran Naturaleza, que Madre Tierra un día
Llamó quien profanara de madre el santo nombre,
Tú siempre indiferente, siempre callada y fría
Te muestras á las ansias indómitas del Hombre !

¡ Oh gran Naturaleza ! tus olas encrespadas,
Tus hórridos abismos, tus atrevidas rocas
Al Hombre le opusiste: la sombra á sus miradas,
Y tus silencios graves á sus preguntas locas.

De tus entrañas salgo famélico y desnudo,
Y trémulo, encorvado, debo empapar el suelo
Con el sudor y el llanto; para el trabajo rudo
Nací, como nacieron tus aves para el vuelo.

¡ Oh Tierra ! no distingues los ayes de los cantos;
La cava de las tumbas, de rústicas labores;
Ni al hijo que se entierra regado con los llantos,
Del grano que se siembra mojado con sudores.

Sofiando con tus dádivas, el sembrador escoge
Un campo, y labra, y suda sobre las anchas éras;
Y al cabo le regalas, para llenar su troje,
Con enfermizos pámpanos y con espigas hueras.

Y el campo misterioso de la callada muerte,
Donde entre amadas sombras por último dormimos,
Profana en sus orgías, tu mano lo convierte
En campo de altas mieses y cárdenos racimos.

Si á ti nos acogemos, con rabia nos sacudes,
Guardando tus furores volcánicos despiertos;
Y si tus senos buscan hambrientas multitudes,
Te imploran, y se abaten llorando en los desiertos.

Sobre nosotros vierte tu colosal clepsidra
La escarcha, el rayo, el viento, la nieve de las cumbres
Y el soplo de la peste, que transformado en hidra,
Con sus anillos diezma las vastas muchedumbres.

Tu voz, en montes y ondas, es grito que amedrenta,
Clamor de estrago, trueno de omnipotencia brava;
Y con tartárea cólera tu enorme boca ostenta
Espuma en tus Océanos, en tus Vesubios lava.

Y luégo, como restos de aquellos tus festines,
Los blancos esqueletos se tienden colosales
De una Pompeya triste volcada entre jardines
Y de una muda Nínive perdida entre arenales.

Y si indignado clamo al ver tus elementos
Cubrir los horizontes de piedras funerarias,
El huracán, mofando, se lleva mis acentos,
Y el taciturno espacio devora mis plegarias.

De hinojos interrogo la bóveda sombría
Que alumbras tristemente con pálidas estrellas;
Y sube, y sube trémula la voz de mi agonía,
Llevando de astro en astro las místicas querellas.

Mas no levanta un eco la religiosa queja:
Todo es misterio y sombras en tus callados cielos;
Los astros, mudas cifras; la Cruz del Sur semeja
La equis de esa incógnita qué ocultas con tus velos.

¿ Dónde el materno arrullo ? ¿ En dónde tu sereno
Abrigo ? ¿ ó las respuestas á mi angustiado grito ?
Abajo, el terremoto, la peste, el hambre, el trueno;
Arriba, la implacable mudez del infinito.

¡ Qué sorda, oh Madre-Esfinge, á mis febriles dudas !
¡ Cómo al dolor ofende tu imperturbable calma,
Cuando, las alas rotas contra tus leyes rudas,
Palpita en mí, como águila en su prisión, el alma !

Y á par del alma, hieres la carne: en la pupila
Vas opacando, noche tras noche, los destellos;
Otoño tras otoño, cansado el pie vacila;
Invierno tras invierno, argentas los cabellos.

Y en vano huyo tus leyes de muerte y exterminio ;
Yo sé que tú me sigues, yo siento con espanto
Que tú, doquiera oculte mi cuerpo á tu dominio,
Sujetas con tu garra la orla de mi manto.

¡ Qué abrazo el tuyo, oh Tierra ! Entre tus garras toscas
Destruyes, nervio á nervio, los miembros infelices.
Nos tragas en la tumba, y allí cruel enroscas
Al corazón llagado tus ávidas raíces.

¡ Y al fin soy tuyo, oh Tierra!... Tras amarguras tántas
Descenderé á tu seno, cansado peregrino;
Y entregarás mis venas al jugo de tus plantas,
Y volverás mis huesos al polvo del camino;

Y absorberá mi nombre tu olvido indiferente,
Y borrará tu mano mis fugitivos rastros,
Y tú alzarás por siglos, joven eternamente,
El himno de tus olas y el himno de tus astros...

¡ Mas no tendrás,—oh Tierra, do todo se derrumba,—
El Alma, que rindiendo su carga abrumadora,
Abre las grandes alas á orillas de la tumba,
Y sube á los espacios de la inmortal Aurora !

CONSTELACIONES

EL HOMBRE

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
Mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿ Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura ?

LAS CONSTELACIONES

¡ Oh soñador, escúchanos ! ¡ Escúchanos, poeta !
Escúcha tu, que en noches de oscuridad tranquila
Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
La síncopa en tu labio y el llanto en tu pupila.



Escúcha tú, poeta, que en noches estrelladas
 Cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,
 Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
 Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿ Por qué tan tristes ? Oye: nuestro fulgor es triste
 Porque ha mirado al Hombre. Su mente y nuestra lumbre
 Hermanas son. Por siglos de compasión, existe
 En astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
 Luchar, caer, alzarse.. y en sus anhelos vanos
 Volver hacia nosotras la vista suplicante,
 Tender hacia nosotras las temblorosas manos;

Y ansiar en tal desierto, yá lánguida, yá fuerte,
 Oasis donde salten aguas de vida eterna;
 Ya llega, llama,—y sale con su ánfora la Muerte
 Brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas, vimos trocarse en lodo;
 Vimos volar en polvo babélicas ciudades.
 Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
 Es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
 Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa;
 El ideal anhela, requiere lo infinito,
 Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al Hombre, que lumbre y lodo encierra,
 Mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
 Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
 Tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames—conduela tu lamento;
 Poeta, no nos mires—nos duele tu mirada.
 Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
 Tus ojos, ~~oh poeta!~~ se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
Con íntima dulzura miramos pesarosas,
Nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas,
Nosotras—las radiantes—vuestras oscuras fosas.

EL HOMBRE

¿ Todo es olvido y muerte ? Pasan gimiendo á solas
El mar con sus olajes, la tierra con sus hombres ;
¿ Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres ?

¿ Y nada queda ? ¿ Y nada hacia lo eterno sube ?
Decid, astros presentes á todo sufrimiento:
La ola evaporada forma un cendal de nube,
¿ Y el alma agonizante no asciende al firmamento ?

¡ No, estrellas compasivas ! Hay eco á todo canto ;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume ;
Y como incienso humano que abrasa un fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos á todo cuanto existe ;
Y espirarán, enmedio de hielos y amargura,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis, ¡ oh estrellas ! en el postrero día...
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas ;
Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.